

Después de estar en escena 105 de los 125 minutos que dura la representación de «Golden Boy», habiendo cantado y bailado, Sammy Davis descansa en su camerino.

SAMMY DAVIS:

LUCHO POR MIS DOS HIJOS

LA partida había comenzado, pero ya se prometía emocionante. El hombre, un individuo menudo, de ademanes nerviosos, empuñaba su bastón de golf dispuesto a jugar. Alguien le preguntó: «¿Cree usted que tiene algún hándicap?». Contestó resueltamente:

«¿Qué le parece? Soy ciudadano americano, negro, judío y tuerto... ¿Le parecen pocos hándicaps?». Pero hablaba sin rencor, como acostumbrado a admitir su destino. En realidad, puede decirse que Sammy Davis siempre ha tenido un sentido único, casi masoquista, para añadir hándicaps a los que ya le había impuesto la Naturaleza. En 1960 se enamoró de Kim Novak. Su idilio duró hasta que el presidente de la Columbia Pictures, Harry Cohn, se acercó a él y le dijo: «Ya estás ciego de un ojo, ¿quieres estarlo de los dos?». En vista de lo cual se casó con una bailarina negra, Loray White, de la que se separó a los tres meses. Pero Sammy insistió con otra rubia, y esta vez no hubo nadie que profiriese amenazas: pudo casarse con la actriz sueca May Britt.

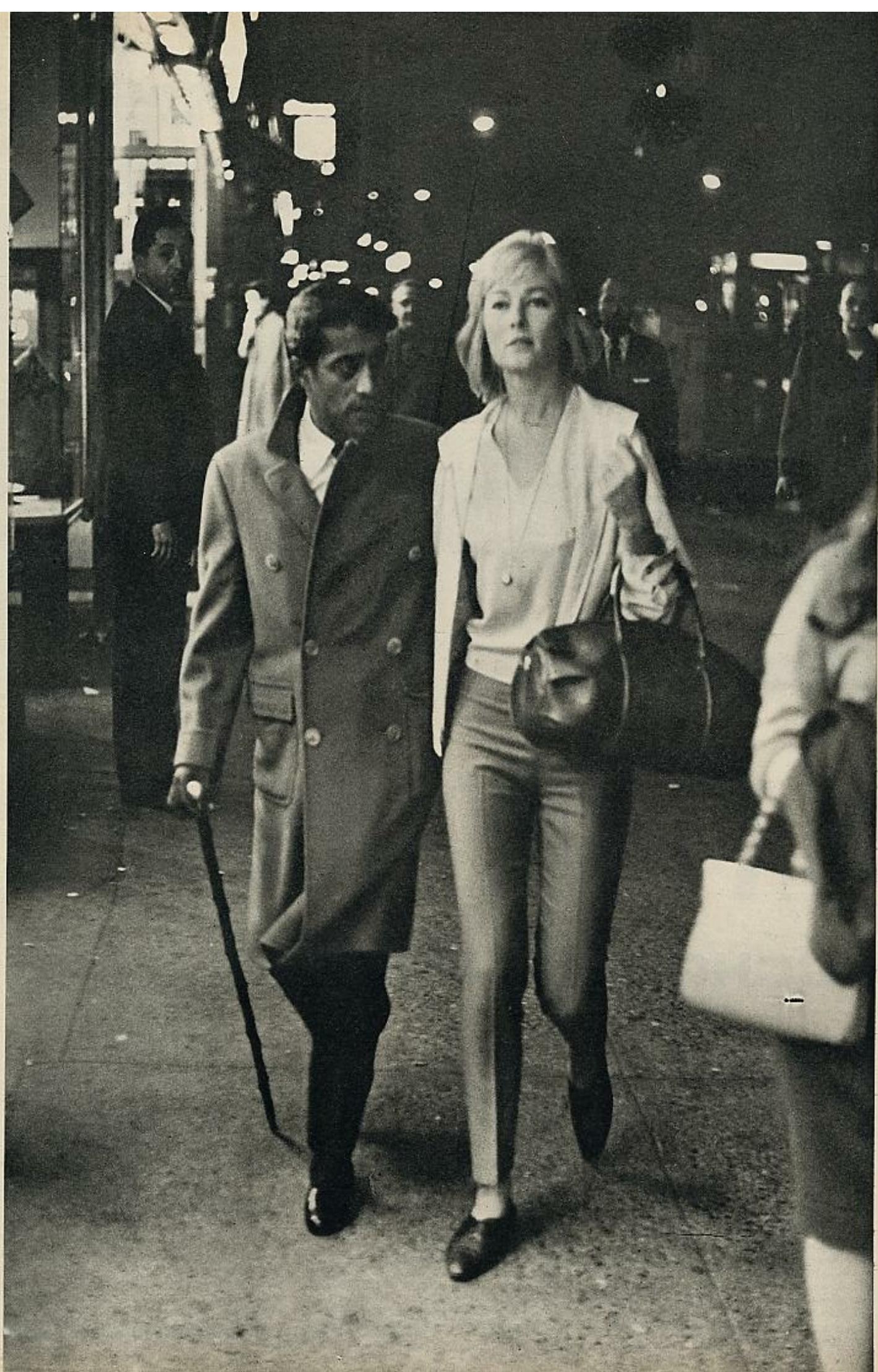
Pero no se lo perdonaron. «Acostumbrábamos a recibir de quince a veinticinco cartas amenazadoras todos los días», recuerda Davis. «No se imagina uno que la gente pueda llegar tan bajos. Incluso tuvieron que alquilar los servicios de guardaespaldas».

A la edad de treinta y ocho años, Sammy Davis ha alcanzado todo lo que podía haberse propuesto en su ámbito artístico: cantante, bailarín, showman, actor televisivo y cinematográfico y, recientemente, estrella triunfadora en Broadway. Pero ese cúmulo de circunstancias que en cualquier otra persona —es decir, en una persona «blanca»— hubiera supuesto la tranquilidad, el sosiego y la clasificación definitiva entre los grandes del mundo del espectáculo, para Sammy Davis ha significado la agudización de todas las contradicciones que el ciudadano negro puede sufrir en los Estados Unidos. El estigma racista condiciona forzadamente, incluso, su posición profesional. Dispuesto a actuar en Broadway, protagoniza una obra que es, en cierto sentido, expresión de su caso, generalizable al negro americano.

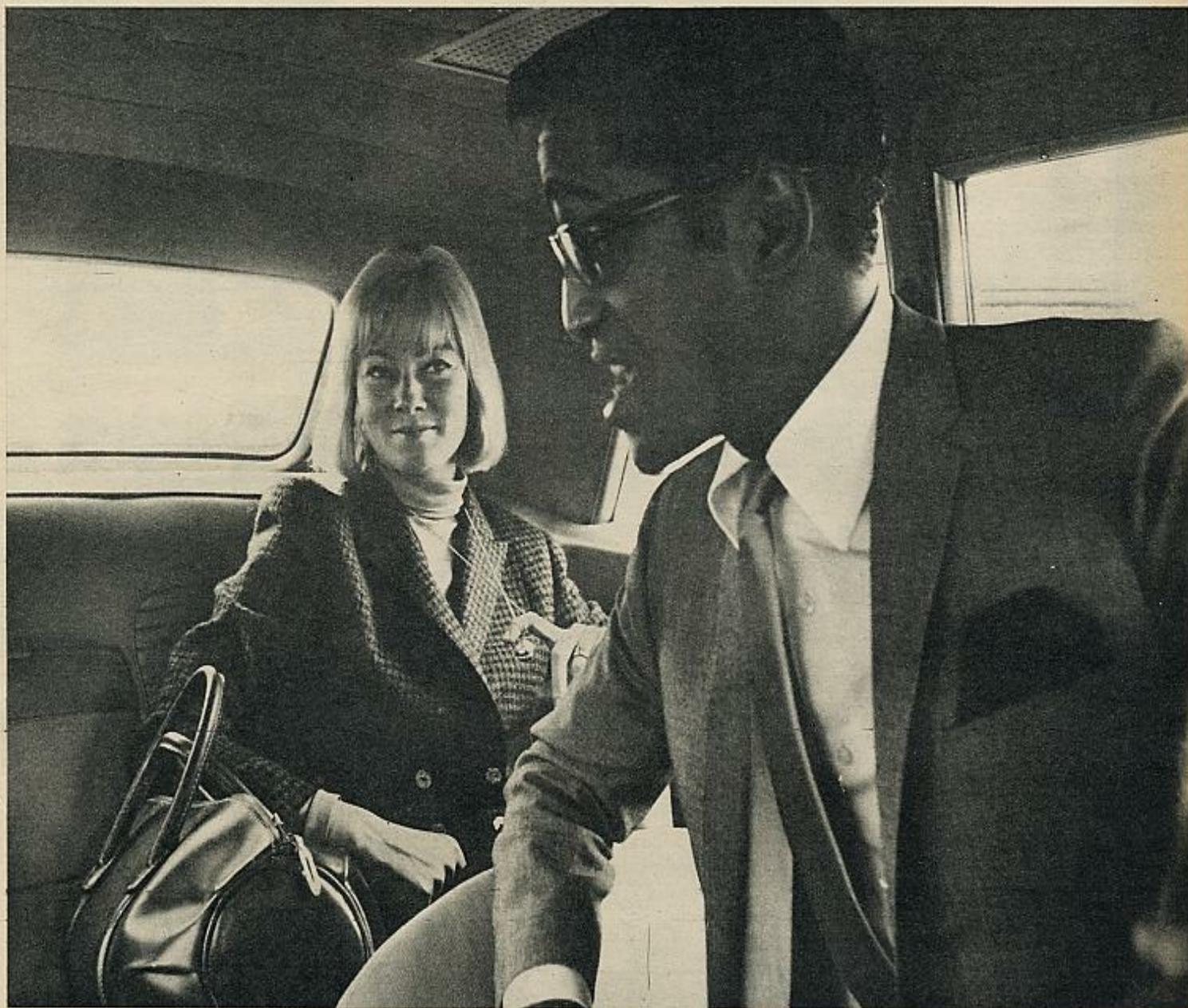
«Golden Boy» cuenta la historia de Joe Wellington, un joven ambicioso y amargo que lucha por escapar de su ghetto de Harlem y por encontrar el éxito o abrirse camino en el distante y refulgente mundo de la ciudad de «abajos», Nueva York. Sammy Davis tiene que sufrir la prueba más dura de su carrera. Debe permanecer en escena 105 de los 125 minutos que dura la representación. Baila en cuatro ocasiones y canta diez canciones. Y, además, debe actuar. Tiene que conseguir que el auditorio comprenda —no que le caigan simpáticas— las frustraciones de un carácter masivamente antipático. Y debe poner de manifiesto la integridad de su amor por una mujer blanca, de un modo tal que la audiencia no sienta repugnancia por sus relaciones...

Sammy Davis había ambicionado ser aclamado como actor de cuerpo entero. Puso en juego su reputación en el éxito de este espectáculo. Se estima que sacrificó unas ganancias de 300.000 dólares —unos 48 millones de pesetas— para poder incorpo-

SIGUE



SAMMY DAVIS



El matrimonio de Sammy con May Britt, celebrado en 1960, cuando ella empezaba a ser lanzada como estrella, supuso un escándalo: no se podía tolerar que un negro se casara con una típica representante de la raza blanca. La pareja sigue recibiendo amenazas. Pero no se arredra. Y tiene a sus hijos, Tracey y Mark.

rar el personaje de esta obra, invirtiendo cinco meses de laboriosos ensayos. Pero Davis estaba dispuesto a triunfar, a ser el mejor en su especialidad. En los clubs nocturnos había alcanzado el cénit. ¿Dónde tenía que ir para mejorar? A ningún sitio. Por eso aceptó el reto que ningún artista de variedades hubiera aceptado. Arthur Penn, el director de escena de «Golden Boy» comenta: «El hombre es casi insolente. Tiene una visión de las cosas que, en virtud de su educación y su procedencia, no tenía simplemente por qué tener. No obstante, la tiene».

La educación y la procedencia de Sammy dejan algo que desear. Nacido en la calle 140 de la Octava avenida, de Harlem, pasó su primer cumpleaños en un pesebre del viejo hipódromo. Su padre, su madre y su tío adoptivo, Will Mastin, eran artistas de vaudeville. A los cuatro años hizo su aparición en el cine en una comedia de la Warner Brothers titulada «Rufus Jones para presidente». A los cinco, comenzó a recibir lecciones de canto y se inició profesionalmente, pero aunque su talento pudo haber deleitado a los auditorios, irritó a las autoridades, que le expulsaron de la escena por violar las leyes contra el trabajo de menores. Dispuesto su tío a no quebrantar la troupe familiar

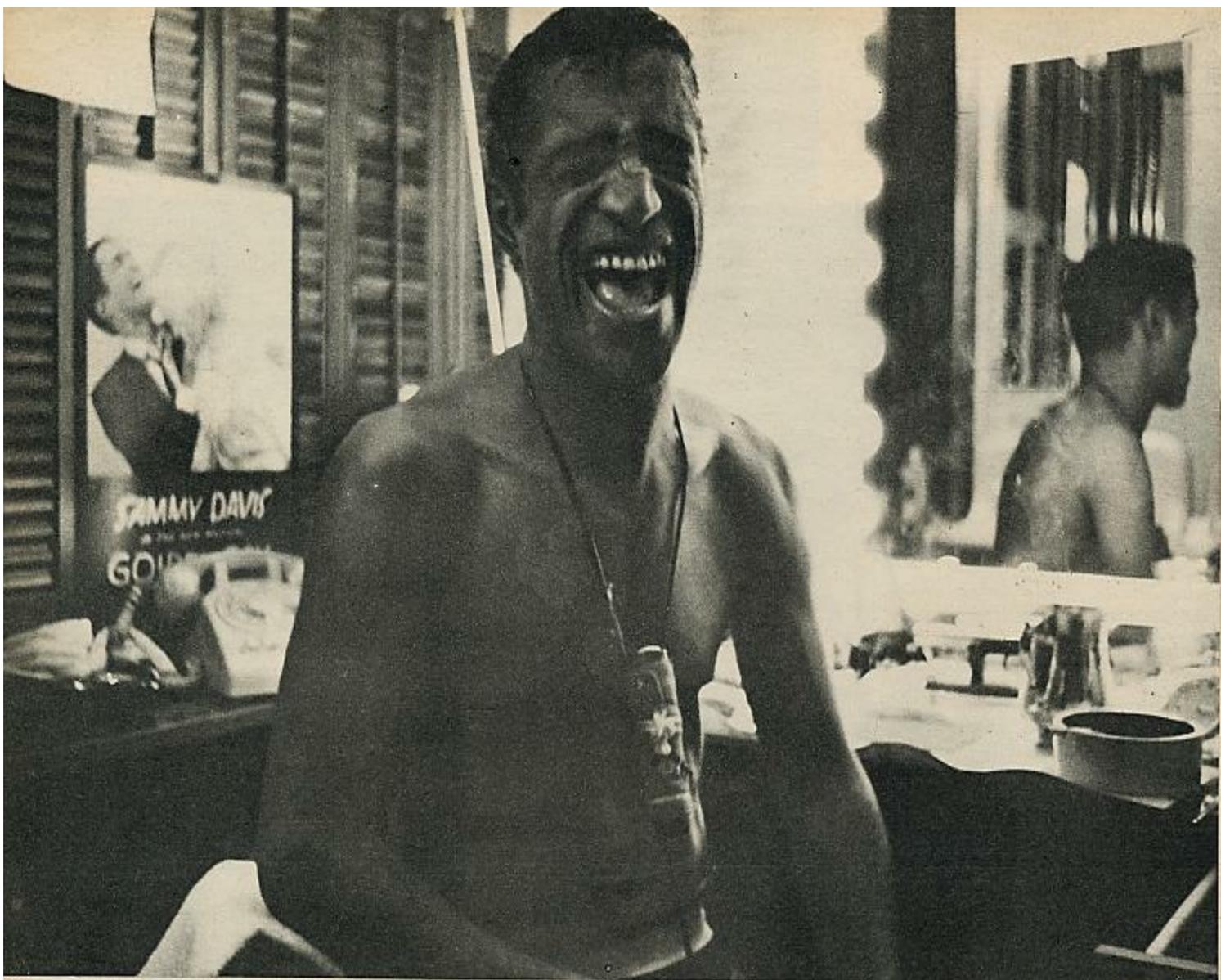
y vislumbrando el talento del muchacho, le metió un grueso puro entre los dientes y lo presentó como enano bailarín de cuarenta y cinco años... El cuarteto tuvo un cierto éxito, pero Sammy no consiguió ir ni un solo día a la escuela.

En 1943, a la edad de diecisiete años, ingresó en el Ejército. Trasladado finalmente a los Servicios Especiales, Davis escribió, produjo y dirigió varios shows cuarteros, aguzando así su talento como cantante, bailarín y actor mímico. Una vez licenciado se unió a su padre y a su tío formando el «Will Mastin Trio», que actuó en teatros de tercer orden. En 1951 consiguió un contrato en el «Ciro's», de Hollywood. El manager les ofreció quinientos dólares —unas treinta mil pesetas— a la semana; ellos exigieron quinientos cincuenta. Finalmente, su agente prometió pagar la diferencia de su bolsillo. Firmaron el contrato y a las tres semanas estaban cobrando el máximo. Sus ingresos se triplicaron.

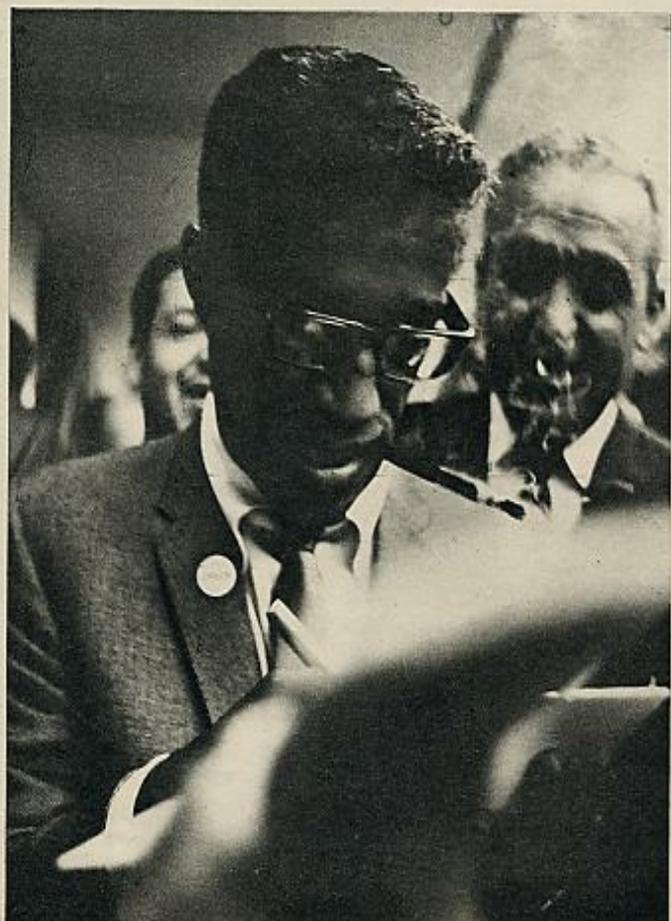
«Después de la guerra —declaró Davis al «Esquire»— he pasado por días de hambre y de locura. No se podía trabajar en algunos hoteles por las disposiciones segregacionistas. Algunas primeras figuras se negaban a trabajar con nosotros por-

SIGUE





Sammy Davis ocupa actualmente el camerino que dejó libre Richard Burton. Y su papel en «Golden Boy» sirvió para el lanzamiento cinematográfico, al lado de Bárbara Stanwick, de William Holden, hace ya veinticinco años. Ahora, después de su triunfo, Saminy firma autógrafos y se ríe de todo con su compañera Paula Wayne.



SAMMY DAVIS



El montaje de «Golden Boy» ha exigido de Sammy Davis un duro esfuerzo, tanto económico como laboral. Y el actor ha sido exigente consigo mismo, grabando y corrigiendo sus canciones antes y después del estreno.

ban de satisfacer a nadie. Por fin, Elkins llamó a William Gibson y le encargó que se entregase seriamente a la tarea de reestructurar la comedia musical. En Detroit, la compañía presentaba por la noche un espectáculo, mientras por la tarde ensayaba otro completamente distinto. Davis colaboró estrechamente con Gibson, se entregó con ardor a la tarea, recordando emociones y experiencias de su propio pasado, para ayudar así a Gibson a comprender el significado de la frustración negra. Se encontraba física y emocionalmente exhausto. Todavía quedaba un esfuerzo final. «Nosotros le pusimos el nombre de cooperación traspasos» —cuenta Elkins—. Cerramos el viejo show un sábado por la noche, ensayamos contra reloj y abrimos con un espectáculo totalmente nuevo el lunes por la noche. Davis añade: «Fue lo más duro que he pasado en mi vida».

La respuesta del auditorio a este nuevo esfuerzo fue alentadora. «Por primera vez después de meses, sentimos que nos encontrábamos en el verdadero camino», recuerda Elkins. Sin embargo, aún quedaba mucho por hacer. A mediados de septiembre, el espectáculo se trasladó a Nueva York. Elkins retrasó en tres semanas la fecha de presentación. La compañía estaba agotada. Davis suplicaba tener un día libre. No lo obtuvo. El espectáculo se encontraba todavía ante serias dificultades y todos lo sabían. La música y la letra de las canciones aún sonaban extrañamente fuera de lugar. Escenas enteras parecían descoyuntadas. Los caracteres carecían de motivación. En Filadelfia y en Boston, Davis representaba el papel de un músico negro que alteraba su carrera por la ambición del ring. En Detroit, dejó su identidad como músico y se convirtió en un estudiante laureado. El carácter todavía suscitaba incredulidad. Entonces, Gibson tuvo una idea: ¿por qué no hacer de él un simple negro amargado, cuya ambición le conducía, finalmente, a su autodestrucción? Las revisiones continuaron. El viernes —cuatro días antes de que se alzara el telón—, Davis se enteró de que durante el fin de semana se iban a introducir otros cambios. «Ese viernes por la noche —dice Arthur Penn— fue el único día en

el que Sammy se mostró turbulento acerca del hecho de tener que actuar. No podía atender a las indicaciones que yo le hacía. Había llegado al extremo de sus fuerzas y ya no podía más. Al día siguiente, Davis desapareció. Cinco minutos antes de alzarse el telón para una sesión dedicada a la crítica, May Britt telefonó a Elkins y le dijo que no sabía dónde estaba su marido. Elkins canceló la sesión. Por la noche tuvo lugar el estreno, sustituyendo a Davis en el papel principal Lamont Washington. El setenta por ciento del auditorio salió decepcionado. Elkins trató desesperadamente de encontrar a su autor. El domingo, a las cuatro de la madrugada, Davis llamó al productor: «Bienvenido al hogar, hombre —le acogió Elkins, tratando de quitar importancia a lo sucedido—, si quieres que levantemos el telón el martes, lo mejor es que vengas a ensayar hoy». Y Sammy se presentó. Luego razonaría su huida: «Nunca había huido de nada en mi vida, pero si no me hubiera escapado aquel sábado, no habría habido nada, absolutamente nada. Aquello no fue producto del miedo o de pensar: ¿pero qué van a decir los críticos? Me habían prometido un día libre y nunca lo conseguí. Conozco mi voz. Tres doctores me dijeron lo mismo: des cansa o no serás capaz de cantar la noche del estreno».

La première empezó mal. La voz de Davis era áspera y cascajosa; se limitaba a recitar mecánicamente el texto. Su primera canción fue decepcionante. De repente, hacia la mitad del primer acto se recobró. La canción le salió más matizada y Davis comenzó a experimentar emociones, acabando por hacer lo que Gibson y Penn le habían dicho tantas veces que hiciera. Tres veces tuvo que salir él solo al final a recoger los aplausos. Una multitud de fans le esperaba a la puerta del teatro. «¿No te cansas nunca de firmar autógrafos?», le preguntó alguien. «No, baby —respondió Davis garabateando su nombre a grandes rasgos—; he esperado veinte años para poder hacerlo y no voy a abandonarlo ahora...».

(Reportaje gráfico ZARDOYA)

que les robábamos el show. Yo tenía un hambre atroz. Intentaba hacer de todo. Era capaz de hacer cincuenta cosas diferentes: tocar el tambor, la trompeta, el violín, el piano, cantar, bailar, contar chistes... Bien, después de la noche del «Ciro's» lo conseguimos. En cada uno de los días de los tres años siguientes yo tuve siempre pollo para comer, vino, mujeres, canciones. Es la vieja historia del tipo que no tiene nada y de pronto empieza a tener. Fastidia a los amigos, hace cientos de cosas equivocadas. Sabe que se está equivocando en ciertas cosas, lo ve, pero no puede hacer nada por detenerlo. Me compré doce trajes a la vez: ciento setenta y cinco dólares —unas diez mil quinientas pesetas— de golpe. Me compré camisas hechas a la medida, coches, coches rápidos. Compré cigarreras de oro para todo el mundo. Toda mi vida había deseado comprar algo en una tienda y no necesitar preguntar cuánto costaba... Tenía crédito por todas partes. Entre 1951 y 1954 debo haber quemado unos 150.000 dólares —unos nueve millones de pesetas—».

Tales extravagancias no dañaron la popularidad de Sammy. Tuvo papeles de invitado en algunos shows populares, intervino en la televisión: fue el primer actor negro que consiguió incorporar un personaje dramático; con el trío, realizó una tournée por los night club más importantes del país: Nueva York, Chicago, Hollywood, Miami, Las Vegas...

Davis trabajaba sin descanso en busca de nuevos horizontes. Se enamoró de la fotografía y envió un reportaje gráfico a una revista norteamericana firmado con el seudónimo David Samuels. Sólo reveló su nombre después de que las fotos fueran aceptadas. «Tenía que descubrir si yo valía para algo», explicó. Por aquella época aprendió a tocar el vibráfono. Pero, como recuerda un colega suyo, «no se contentó con un poco. Consiguió la perfección. Muchos actores se aficionan a una cosa y trabajan en ella hasta que obtienen el aplauso: Sammy tiene que satisfacerse a sí mismo». Pero por entonces, alcanzada la fama, conseguido el dinero que siempre había ansiado, Davis era desesperadamente infeliz. Se sentía aprisionado por el color de su piel. Comprendía que ningún éxito financiero le permitiría superar este hándicap. Estuvo tentado de irse al extranjero, pero desistió: «Ninguno de los artistas negros que había allí estaban creando nada realmente. Comprendía, de repente, que nunca había visto a un expatriado feliz».

Pero el problema de la negritud comporta más contradicciones de las que se pueden suponer. Es curioso que, antes de 1960, Davis había sido aceptado como gran artista de variedades en casi todos los rincones del globo, menos en Harlem. Allí se le criticaba, injustamente, de ser anti-negro. La situación cambió cuando Sammy comenzó a verse envuelto en la disputa por los derechos civiles. «Hace siete años —confiesa— nada me hubiera importado menos. Pero ahora me importa. En los últimos años he leído tanto acerca de la historia negra que hasta me duele el ojo sano. He hecho progresos. La marcha sobre Washington. La razón por la que hoy lucho son mis dos chicos. Quiero poder mirarles a la cara y decir: pronto irá todo mejor».

A medida que se fue interesando y metiendo más en «la causa», buscaba métodos para hacerla progresar dentro de su propio ámbito de actuación. La oportunidad surgió en un momento inesperado. «Fue alrededor del mes de octubre de 1961 —recuerda el productor teatral Hillard Elkins—. En un teatro londinense. Sammy estaba actuando en el Prince Of Wales Theatre. Salía al escenario vestido con unos pantalones vaqueros y una vieja camisa T. Repentinamente me dije a mí mismo: éste es el Golden Boy. Nos reunimos al día siguiente y yo le dije: Sammy, he tenido la mejor idea del siglo. Tienes que hacer «Golden Boy». Es la historia de un joven negro que se escapa del ghetto. Bueno, éste es tu show. No me prometió nada, pero me dijo que lo pensaría. Por Navidades me llamó aceptando».

Elkins empezó a moverse. Compró los derechos de la obra y persuadió a Clifford Odets para que tratara de replantearse su drama, dándole la textura de un musical. En marzo de 1963 extendió a Davis un contrato y sentó un precedente en Broadway. Se comprometió a pagar al actor el diez por ciento de la caja semanal, el quince por ciento de los beneficios de la producción y a concederle una amplia cuenta de gastos. El total asciende aproximadamente a 10.000 dólares a la semana —unas seiscientas mil pesetas—, la cifra más alta que haya ganado nunca una estrella en Broadway...

Odets había mandado dos borradores antes de su muerte, en agosto de 1963. Ninguno de los dos acertaron con lo deseado; después, una serie de «doctores en piezas teatrales» se hicieron cargo de las reformas sin éxito notable. Ninguno parecía capaz de levantar la historia por encima del nivel de la mediocridad. La obra, sin embargo, comenzó su gira por varias ciudades de los Estados Unidos y, a cada actuación, seguían haciéndole reformas que tampoco acaba-